

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre...	27
En provincias.	
Semestre...	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Regeneracion del mundo.—El Calvario (poesía).—La Resurreccion.—Desencantos (poesía).—Leyendas moriscas: la predicción (continuación).—La Cruz de los dos amantes: cuento tradicional (continuación).—Modas.—Explicacion del figurin.—Advertencia.

REGENERACION DEL MUNDO.

¡Señor! Oye mi oracion, y lle-
gue mi clamor á Ti: no escondas
de mí tu rostro.

(Ofertorio.)

Las campanas han enmudecido.
El pueblo habla bajo y anda con misterio.
Las sensibles mujeres sollozan.
Los hombres están meditabundos y sombríos.
Los colores vivos, los lazos y las flores han sido encerrados por las hermosas, y el traje negro ha sustituido á las galas, las joyas y los adornos del chilante, descarado y atronador Carnaval.
A las puertas de los templos hay pobres que rezan en voz baja y esperan de los que les visitan una ca-

ridad que acaso ha dormido todo el año, y que debe despertarse ante el gran aniversario del mundo, ante el maravilloso suceso del hombre tigre con el hombre bueno, del cruel con el misericordioso, del verdugo con el mártir.

Los dorados y riquísimos altares encubren sus columnas de mármol, sus lindísimas cornisas, sus lujosas cornucopias, sus efigies divinas con el sudario morado, que indica un suplicio horrible que va á consumarse pronto.

Los hombres sanguinarios recuerdan con horror que hubo otros hombres aun mas sanguinarios que ellos, humanizados hoy por la voz del Evangelio y la caridad.

Los horriblos espectros del gentilismo se presentan á la vista y las informes masas de vivientes que en el Gólgota daban aullidos salvajes pidiendo la muerte del Redentor.

La voz del sacerdote y del misionero se levanta profética y sublime, como en otro tiempo la de los publicadores del Evangelio que corrian por el mundo llevando á todas las almas la verdad infinita, sin temor á la ira de los Emperadores y magnates del odioso paganismo.

Esa voz nos hace recordar la de los mártires sublimes que eran devorados en los circos con la sonrisa en los labios, siendo la palabra *religion* la última que pronunciaban con el último gemido de agonía.

Esa voz es la de aquellos soldados de la fe que partieron desde un rincón del Asia, donde se había efectuado el terrible sacrificio, á iluminar la Italia, la Grecia y todos los países que, dominados por la barbarie y la tiranía, eran esclavos del hombre que llevaba sobre sus hombros el manto de armiño y la túnica escarlata, menos encarnada y sangrienta que su pérfido corazón.

¡Italia! Ese país de la música y de la poesía era, á pesar de su grandeza, de su fausto y superioridad, un foco de corrupción, que amenazaba un diluvio de lava corrompida para lo restante del mundo, que iba á confundirse y ahogarse en sus vicios horribles, en su eterna y odiable orgía.

Los Dioclecianos, Calígulas y Neronés se divertían viendo á sus queridas fieras arrancar miembros humanos y arrastrar cabezas de mártires á las ruedas de sus carrozas y ante la vista de las desenvueltas mujeres que iban á lucir sus formas en los sangrientos teatros donde tales escenas se representaban.

El látigo cruzaba la cara del esclavo y la del pobre que tendía la palma al poderoso para recibir la limosna ó las migajas de su festín.

En cambio se daban á las fieras regalados banquetes, donde más de alguna vez se presentó carne humana.

Neron mantenía tantas fieras para su divertimento y tantos caballos para su recreo, que hubieran bastado las cantidades que en esto se invertían para hacer felices á todos los habitantes de Roma.

Mientras él quemaba sus palacios de pórfido y oro por el solo placer de edificarlos mejores, los infelices pordioseros se arrastraban por las calles, muriendo de hambre y de dolor.

Las mujeres eran sacrificadas á los más odiosos caprichos de los tiranos, sin que pudiesen elevar una queja ni rebelarse contra su despotismo cruel.

Pasaban las noches en orgías odiosas, y la niña hermosa ayer y pura y casta, era, pasado un sol, una mujer marchita, de pálidas mejillas y descoloridos

labios, que en vano buscaba ya el capricho del color, que así la sacrificó para abandonarla luego.

La madre no tenía derechos, ni el hogar era respetado. La violación cundía por todas partes.

Del seno de las familias eran arrancados los hijos, martirizados los padres, y trasladada su fortuna á las arcas del Emperador para que fuesen sus vicios tan ricos y ponderados que no pudiesen jamás olvidarse las generaciones venideras.

Tres siglos de horrores habían formado las almas á no reconocerlos ni llorarlos.

Con la misma indiferencia se veían devorar hombres que vemos ahora una comedia de costumbres ó un divertido juego de prestidigitadores.

Las víctimas destinadas á perecer destrozadas por las garras de las fieras, iban antes á saludar respetuosamente al señor que las mandaba devorar, y salían de los vomitorios con la frente humillada y tranquila, como si aquella herejía, aquella iniquidad, aquel sacrilegio horrible hubiese sido un hecho natural ó una ley suprema.

Los corazones de las madres habían enmudecido.

La libertad del hombre se había convenido á la cadena.

El *can*, devorador que se sentaba en un trono había encarcelado á los hombres como una jauría de perros, y los manejaba con su látigo, el cual venían á lamer con deplorable humillación, con una odiosa bajeza.

Para celebrar las fiestas reales, se hacían lagos de sangre, y cercenando cabezas se amontonaban los cuerpos como haces de espigas en los estensos campos.

El Emperador Claudio daba fiestas á su pueblo, y era tal su regocijo, que movía unas matanzas de servidores y vasallos, donde una vez se contaron de criaturas degolladas hasta diez y nueve mil, sin las destinadas á otros divertimientos por el estilo.

El mal se desbordaba cada día con mayor furor. ¿Y quién podía detenerle? ¿Qué fuerza humana bastaría á sacudir el yugo y la barbarie extendida por el mundo?

Perdidos los derechos, perdida la dignidad, la pureza, las costumbres, ¿quién bastaría á inculcarlas en las almas corrompidas y encenagadas en el vicio?

El olor de la sangre era ya para los romanos como el perfume de las flores de sus jardines.

El impudor y la inmoralidad se había convertido en un placer.

La maldad era un hábito.

La pérdida del derecho una causa natural.

El despojo de los hogares un antojo del respetado señor.

Su tiranía una necesidad.

No había mas que una voz que mandase y un solo cuello formado por la multitud, sobre el cual podía caer la cuchilla, destruyéndole en un día, sin que tribunal alguno pidiese luego cuenta al tirano.

Los marmóreos patios del malvado Tito se vieron un día llenos de tantos cuerpos mutilados, que ya ni aun las fieras podían resistir tanto olor á carne humana.

Una matanza de hombres era menos sentida que una batida de caza en nuestros días.

¿Quereis decirme, hombres incrédulos y despiadados, quién hubiera tenido fuerza suficiente para humanizar el mundo si no hubiese nacido el Mesías de aquella bendita Mujer, elegida por Dios para bien de los mortales?

¿Qué ejércitos, qué sabios, qué adivinos, qué oráculos, qué sibilas hubieran bastado para estender por la tierra la voz del Evangelio, si el elegido del Supremo no bajase á habitar entre nosotros y á enseñarnos la fe, dejándose enclavar en el madero?

¡Oh bendito Rey de los reyes! ¡Oh Señor infinito de mi alma!... ¿Quién podrá desconocer vuestra grandeza? ¿Quién vuestra piedad y amor?

Las razas maldecidas fueron exterminadas.

Los tiranos devorados por su culpable conciencia.

Los pecadores arrepentidos y absueltos.

Los esclavos se vieron sin cadenas.

Las mujeres recobraron su pudor.

Las fieras se extinguieron.

Á los pobres se repartió el pan que les negaban los poderosos.

Y se eligió entre el pueblo una docena de hombres inspirados por la Divinidad, que abriesen las puertas de la luz á las razas descreídas y culpables.

El ruido de los cerrojos y las cadenas dejó de resonar en aquellas sombrías mazmorras, donde la mi-

seria y el hambre consumía multitud de infelices olvidados hasta de sus propias familias, y se vieron salir turbas de seres demacrados y consumidos á oír aquellas doctrinas de aquel Rey de los reyes anunciado por los Profetas.

En las plazas y calles se nota la confusion.

Las mujeres lloran y caen de rodillas.

Los hombres piden misericordia.

La cuchilla de los verdugos ya no cercena cabezas.

Ya no tira la multitud piedras á la mujer culpable.

Ya aparta los ojos con horror de los circos sanguinarios.

Ya no reconoce Césares ni Emperadores.

Ya no quiere mas gobierno que el del Mesías.

Ya le aclama por las calles como Rey de reyes.

Pero un malvado, un hombre falso y cruel, una rama corrompida del árbol de los Apóstoles, envidioso de la gloria de aquel grande Redentor que era seguido del pueblo con gritos y aclamaciones, jura su pérdida, y dirigiéndose á los pontífices, les pide tropas y fariseos.

Acusa al Rey de los reyes y lo vende en bajo precio.

Jesus oraba entre tanto con la tranquilidad de los justos, con la paz del bueno, cuando vinieron á buscarle.

Jesus no se sorprendió, hincado de rodillas como estaba en el huerto; porque Jesus sabia cómo había de morir.

—¿Á quién buskais? preguntó.

—Á Jesus Nazareno, respondieron los ministros.

—¡Yo soy! contestó el Señor.

Y tal seria la grandeza y valor de sus palabras, que todos cayeron de rodillas, sin atreverse á tocarle; pero Jesus, que deseaba llegase su sacrificio, les volvió á preguntar:

—¿Á quién buskais?

—Á Jesus Nazareno.

—Os he dicho que yo soy. Si me buskais, pues, á mí, dejad ir á estos.

Y viendo que Pedro irritado heria con su espada á un criado del pontífice, le reconvinó con dulzura, diciendo:

—Mete tu espada en la vaina. ¿No he de beber en el cáliz que me dió el Padre?

Y entregando sus manos delicadas y benditas á aquellos hombres, se dejó atar como un reo, y fue conducido y escoltado por las calles como un malvado.

Y de tribunal en tribunal acusado y escarnecido.

Y herido y abofeteado con impiedad.

Y oyó blasfemias y juramentos en derredor con mansedumbre infinita.

Y miró las turbas que le rodeaban como la infeliz gacela el cerco de lobos que se disponen á devorarla.

Y no hizo resistencia ni señal de dolor.

Porque su dolor estaba en el alma.

Porque sus males físicos le parecían escasos para lo mucho que tenía que redimir y salvar.

Porque habia sufrido muchos dolores de espíritu, y los sentia mas que aquellos que laceraban su cuerpo.

Porque la amargura de sus discípulos y de su angustiada Madre eran para Él mas terribles que la copa de hiel que ponian en sus labios los verdugos implacables.

Porque al morir dejaba aun en las naciones seres que desconocian la verdad del Evangelio.

Por eso llamó á su Madre: no para que consolase su martirio, no para que endulzara su agonía, no para que pidiese por él á sus tiranos, sino para recomendarla que fuese madre de los hombres, que vela-se por ellos y concluyese su obra.

Y por eso María tuvo que sobrevivir á su Hijo veintitres mortales años.

Por eso tuvo que ir de peregrinacion en peregrinacion lavando leprosos de alma y de cuerpo.

¡Por eso hizo milagros pasmosos, y soportaba gustosa la pena de estar ausente del Hijo de sus entrañas y del amado de su corazón!

Por eso miraba las nubes rosadas y la bóveda azul donde vivia su Hijo, con el dolor de una madre, pero sin pedir el final de su triste destierro.

Porque en su corazón solo habia amor y deseos de que fuesen reconocidas las verdades de su Hijo.

Porque era preciso que su maternal cuidado sostuviese la fe por la cual le habia visto espirar.

Porque tenia que marchar al frente de los Apóstoles y regenerar el mundo, como lo habia hecho Jesús en el toscó madero.

¿Y habrá quien al llegar el aniversario de tan grandes sucesos no sienta en su corazón el dolor de aquella Madre, y los grandes sufrimientos de su amante y tierno Hijo?

Hé ahí por qué las campanas no lanzan ya sonidos.

Hé ahí por qué los pueblos visten de luto.

Por qué los fieles caminan á los templos.

Por qué reconocen como nunca el lazo espiritual que les une á Dios.

Por qué recuerdan que á Él deben su libertad, sus derechos, su humanidad y su ser.

Y se prosternan y rezan, y sufren, á través de diez y nueve siglos, como si viesan morir cada año al que tanto hizo por ellos, al que libró las naciones del odio y la tiranía, y al que vela desde el cielo, como amoroso padre, por este torpe rebaño de ovejas descarriadas, siempre al borde del precipicio, donde la fe y la esperanza de continuo los sostienen.

ROSELIA LEÓN.

EL CALVARIO.

Todo es sombra, todo duelo:

Se escuchan ayes perdidos

Resonando confundidos

Por la bóveda del cielo.

Asoma el sol con recelo

Mostrando cárdena luz;

Y entre el lóbrego capuz

Que ennegrece el horizonte,

Se ve á lo lejos un monte,

Y sobre el monte una Cruz.

Venid: en el leño brilla

Un rostro humano doliente,

Sangre corre por su frente,

Sangre inunda su mejilla.

No por culpa ni mancilla

Se le inmola en sacrificio.

Su crimen fue el beneficio

De libertar nuestras almas:

Ayer le ofrecieron palmas,

Y hoy le veis en un suplicio.

Contempladle; ¡cuál hermosa

Su herida faz resplandece!

Su cabellera se mece

Al soplo del aura ansiosa.

Mira á su Madre amorosa

Con amargo desvarío,

Y cuando su rostro frío

En triste llanto se inunda,

Su tibia voz moribunda,

¡Perdon, esclama, Dios mio!

De la redencion el fruto

Alcanza ya el Salvador:

Va á dar su vida y su amor

En misterioso tributo.

Los cielos visten de luto

Ciñéndose negro manto;

Vierten los ángeles llanto;

¡Todo es horror!... ¡Cristo espira!

Y el mundo aterrado mira

Su cadáver sacrosanto.

Murió Cristo: en pura llama

Del pecado el alma sale:

Contempla, mortal, si vale

La sangre que se derrama.

Ella al Eterno te llama,

Y pues redime tu suerte,

Bendice con mano fuerte

Esa Víctima querida;

Que está el árbol de la vida

En esa Cruz de la muerte.

RAFAEL SERRANO Y ALCÁZAR.

LA RESURRECCION.

Diez y nueve siglos han pasado desde que el cruento drama del Calvario dejó admiradas á casi todas las naciones del universo: diez y nueve siglos han pasado desde que el nacido en Belén exhaló el

último aliento sobre la cumbre del Gólgota: sin embargo, á pesar de haber transcurrido cerca de dos mil años de aquellas sangrientas escenas, ni uno solo de sus incidentes se ha borrado de la memoria del pueblo, ni uno solo de sus dolores ha dejado de tocar al corazón humano cuando se presenta aquella triste y misteriosa época: han caído naciones, han pasado imperios, han desaparecido generaciones, y todas al morir han legado á las venideras la sublime tradicion de aquel sagrado misterio, en que resplandece con toda su gloria la antorcha de nuestra redencion.

Envuelto el hombre en el sudario del pecado, divisaba su porvenir entre las sombras del averno, arrullado por los gritos del ángel de las tinieblas. La sociedad pagana, como un azote asolador, habia destruido todos los derechos del hombre convirtiéndole en miserable esclavo. Recelosa, vengativa, ambiciosa, apenas habia una pasion, un vicio que no abrigase en el fondo de sus entrañas podridas y depravadas, á semejanza del asqueroso reptil que envenena á veces con la humedad de su aliento. Combatido el hombre por el maléfico influjo de esas pasiones, lloraba entre sus cadenas la falta de aire que respirar, la ausencia de su patria y de su libertad, la muerte de una esperanza que veia perderse en el horizonte, como los últimos rayos del sol ante el crepúsculo de la tarde.

Un dia mas, y el hombre hubiera perecido bajo los hierros de la esclavitud.

Mas ¡ay! una misteriosa estrella anuncia á los Reyes del Oriente que las profecías han empezado á cumplirse: efectivamente, el Hijo de Dios habia brotado del seno de una Mujer Inmaculada, habia realizado todos los milagros prometidos, espirando por último en una Cruz, rodeado de ladrones y abrazado por aquella desventurada Madre: ¡severa pero provechosa enseñanza para los grandes y soberbios de la tierra, que todo lo miden con el rasero de su orgullo y de su altivez, sin acordarse de que un Ser Infinito, un Rey de reyes subió al cadalso por nosotros, despreciando las vanidades de este mundo!

La muerte del Hombre-Dios fue la salvacion del género humano: debajo de su corona de espinas brotaron todos nuestros derechos; entre los raudales de

su sangre se ahogó nuestra esclavitud, y de su cadáver nacieron la igualdad, la libertad y la felicidad de los hombres.

La sentencia firmada por Pilatos fue el símbolo de la alegría y del regocijo de aquellas gentes obcecadas: el suplicio de la Cruz le miraron como el complemento de sus dichas: y cuando arrojaron la losa del sepulcro sobre el cuerpo del Redentor, rayó en locura su entusiasmo, se creyeron libres de toda asechanza, respiraron y se abrazaron unos á otros...

¡Pobres gentes!

No podían imaginar lo efímero de su triunfo, lo pasajero de su júbilo, lo inútil de sus crueldades: aquellos miserables deicidas, que poco antes habían aclamado la crucifixión, ahora se miran asombrados y esclaman estupefactos: "Verdaderamente era el Hijo de Dios."

El grito de espanto de aquellos abyectos seres que inmóviles contemplan la lápida mortuoria donde solo habitaba el soplo del viento, es ahogado por los gritos de alegría, por las voces de ternura, por los cánticos de gratitud, por el *Alleluia* de la Iglesia cristiana y por el *Hosanna* de las Vírgenes.

La tierra se remueve como un gigante, el sepulcro se tambalea, y la losa se mece como una palmera, abriendo, por último, paso á la inocente Víctima del Calvario: una nube de oro recamada de rutilantes estrellas y esplendentes soles se balancea sobre los centinelas sirviendo de trono al Resucitado, que entre sus dorados pliegues se remonta hasta los cielos, cuyas eternas puertas guardan coros de ángeles que lo cubren de incienso y bendiciones.

El infierno lleno de espanto apaga sus hogueras, suspende sus aullidos, destruye sus arcos de triunfo y cierra hasta la última de sus puertas.

El infierno y la muerte han sido vencidos.

Los ecos de agonía se han perdido entre los silbidos del viento; el negro crespon del cielo se ha tornado en un manto azulado bordado de brillantes astros; las bacanales de los inmundos sayones se han convertido en gritos de desesperación; la tierra que gemía bajo el peso de la opresión respira libre y feliz; la sepultura, en fin, abandonada por Jesucristo, absorbe el orgullo, la soberbia y el cinismo de aquellos imbéciles tiranos que creían tener bajo sus

plantas para siempre el destino de la humanidad.

El cristianismo, como la flor primaveral, se levanta puro, fresco, lozano, abre sus divinas hojas y estiende su aroma encantador por la inmensidad de la tierra.

El cristiano, absorto y en toda la plenitud de su contento ante tan solemne fiesta, no puede contener sus emociones, y esclama en medio del fervor de su corazón y del calor de su fantasía con toda la convicción de su alma, que es la vida de su religioso delirio: "Cristo ha resucitado verdaderamente, *Alleluia*."

La sublimidad de este acto, la solemnidad de este día, la grandiosidad de esta hora, es uno de los portentos mas grandes que han visto los siglos; es uno de los misterios mas eminentes de la cristiandad; es uno de los hechos mas elocuentes de nuestra regeneración; es, en fin, el emblema de hermandad, el lazo indisoluble entre el amor de Dios y el de los hombres.

Dios ha resucitado, y al primer suspiro de su alma caen deshechas todas las tiranías de la tierra, desaparecen las espinas que martirizaban la humanidad, aparece el iris de ventura, y las tormentas y las borrascas se pierden en los aires como una gota de agua se pierde en las ondas del mar.

La luz del Evangelio pasa sobre el mundo como el rocío sobre las flores, como la caridad sobre el desvalido; los corazones la beben como las plantas beben las gotas de agua, como el pobre acoge la limosna del generoso. La luz del Evangelio llena la inmensidad, y los hombres prosternados esclaman llenos de lágrimas: *Alleluia*, *Hosanna*.

La naturaleza, esa Reina de los encantos, responde con todos sus primores, con todas sus armonías, con todas sus bellezas al eterno triunfo del Omnipotente.

Las flores regalan sus perfumes, las aves envían sus cadenciosos trinos, el sol sus risueños rayos, la luna sus tibias luces, las estrellas su misterio, los arroyos su murmullo, las auras sus caricias, sus bálsamos las plantas, su frescura la alborada, sus silbos los huracanes, los mares sus tempestades...

Desde la rosa de Jericó hasta los cedros del Líbano, todas las plantas y árboles, todos los seres del

universo inclinan sus cabezas y entonan el glorioso *Alleluia*.

El género humano se postra, y en medio de su religioso arrobamiento entrega su alma á tanta solemnidad, á esta solemnidad que cura tantas heridas y derrama tanto consuelo en los corazones cristianos.

La Resurreccion de Jesucristo es el emblema de la verdad de nuestra resurreccion futura, la perdurable base de nuestra fe, la eterna luz de nuestro porvenir, la aurora inmortal de nuestra esperanza.

A. ALCALDE VALLADARES.

DESENCANTOS.

Por los fértiles campos de Cuba,
Cuando el sol se refleja en las fuentes
Y en las flores las gotas lucientes,
Del rocío se miran brillar,

Sin color, sin salud, sin aliento
De la brisa el perfume aspirando,
Melancólico busco llorando,
Á mis penas un plácido hogar.

Allí pasa las horas tranquilas,
Alejada del ruido del mundo,
Sin que sienta su duelo profundo
La que un día adoré en mi niñez.

Y allí puedo infeliz en mi angustia
Consagrar mi veloz pensamiento,
Á esa sola mujer por quien siento
Tanto amor y ternura á la vez.

Á esa sola mujer que descuella
Como el rojo boton de una rosa
Que adornece la brisa amorosa,
En un rico, variado jardin,

Á esa sola mujer que yo adoro
Con amor tan inmenso y ardiente,
Que á mi Cuba, trocara ¡demente!
Por sus labios de miel y carmin.

¡Cuántas veces mi vista turbada
Al suspiro postrer de la tarde,
Entre nubes de fúlgido alarde

Su celeste beldad admiró!

¡Cuántas veces angélica y pura,
Sobre el vívido azul de la esfera,
Trasparente su sombra ligera
Mi delirio cruzar me fingió!!

¡Cuántas veces el tétrico arrullo
De la tórtola bella y doliente,
Apagara el quejido inocente
De mi enfermo infeliz corazón!!

Ambos juntos los bosques ansiamos,
Ella canta y alivia su duelo;
Mas yo triste no tengo el consuelo
De cantando aliviar mi pasión.

Angustiada mi frente se dobla
Bajo el peso de tanto martirio,
Como dobla sus hojas el lirio
Al embate del fiero huracán.

Y sin fuerzas el alma no puede
Sostener esta lucha gigante,
Y esta inmensa pasión delirante,
Y este fuego de ardiente volcán.

¡Por qué acreces, mujer desdeñosa,
El tormento de amor que abrasando,
Mi existencia infeliz acabando
La condena á mortal padecer?

¡Por qué dura, insensible á mi ruego,
No consuelas el llanto abundoso
Que escapado, cual mar proceloso,
Envenena en sus olas mi ser?

Á la hora que el mundo se duerme,
Bajo el manto de claras estrellas,
Alzo al cielo mis tristes querellas,
Mas en vano suspiro ¡ay de mí!!

Poco á poco mi dulce esperanza
Sus ensueños de plácido encanto,
Ve trocados en fuentes de llanto,
En eterno, cruel frenesí.

JUAN GUELL Y RENTÉ.

LEYENDAS MORISCAS.

LA PREDICCIÓN.

(Continuación) (1).

Hubiera dado muerte gustoso al que interrumpiese sus placeres con un suspiro de duelo.

Por eso cuando Zulema dejó de ser feliz, ya no fue amada. No pensó en sus martirios, sino en los que podían proporcionarle los infortunios de aquella mujer.

Mientras sonrió en sus brazos, la amó como él era capaz de amar, tan solo con los sentidos; pero el día en que los ojos de la hermosa mora se enturbiaron por el llanto, la rechazó con dureza y buscó la sonrisa de una esclava, á quien hubiera podido dar con su chinela en el rostro si dejase de reír.

En los días de la efervescencia de su amor había sido débil con Zulema, y la había contado cosas que callaba á sí propio muchas veces.

La había dicho que odiaba á su padre y á Jusef, el buen hermano, á quien el pueblo aclamaba como heredero del trono.

La mora le había escuchado con terror, y había temblado por la suerte de Abu-Abdalá.

Hé ahí los pronósticos y la idea con que luchaba la noche del festín asomada al ajimez del palacio de la Alhambra.

Era ya la media noche, y Mohamad no acudía al paraje de las citas.

Zulema estrechaba el corazón con ambas manos, como si quisiese ahogarle.

Se golpeaba la frente, se mesaba los cabellos, y exclamaba delirante: «¡No me ama! ¡No me ama!»

Varias veces quiso huir de aquellos sitios, y volvió con la esperanza que anima siempre al que espera.

En cada arbusto quería ver al hombre que tan sin piedad desgarraba su corazón.

El menor ruido la hacía feliz, y el silencio que le seguía destrozaba su ser y la devoraba el pecho.

Quería volver á su morada, y un poder irresistible la sujetaba sin piedad.

(1) Véase el número anterior.

La sonora vela daba de cuando en cuando sus vibrantes campanadas en la alta torre de la fortaleza, y cada sonido venía á decirle que la noche avanzaba y él no quería venir.

Los celos, el amor propio herido, la ingratitud, el ultraje, todo se revolvía en el cerebro de aquella infeliz, desgraciada como todas las hermosas.

Una hermosa es mas infeliz que las otras mujeres, porque fía en su hermosura, porque con ella cree sujetar el hombre á quien ama, porque juzga que no hay rival que la venza, y, apoyada en esos falsos principios, cree ser la reina siempre del que la eligió amoroso.

El día en que Zulema depuso el desden para tributar caricias, juzgó tan eterno su imperio como el eje del mundo en que rodamos.

¡Infeliz! La aurora venía, y el desencanto con ella. Y no era sola aquella noche la que le había esperado sin venir.

Ya había apurado el amargo veneno de la inconstancia en las noches anteriores.

Ya no le quedaban fuerzas, porque había muerto su esperanza.

Los celos de una africana son poderosos como la tempestad, terribles como el irritado Océano.

Un pequeño puñal brilló en su mano, y la acercada punta vino á resbalar en una bordada flor de su hermosa túnica.

Los dientes de la infeliz estaban herméticamente cerrados y miraba al cielo, sin encontrar el Dios de los cristianos que da consuelo y perdón.

Por entre la arboleda vió el brillo de un lucero, y dos lágrimas cayeron de sus rasgados ojos. ¡Cuántas veces había jurado su amante, por aquel resplandor misterioso, un amor inestimable, volcánico, superior!...

Todo lo había olvidado.

¡Y la pobre víctima le amaba todavía!

Acariciaba el puñal; pero al pensar en morir meditaba que ya no volvería á verle, y sin querer le estremecía esta idea.

De repente se levantó, y apartando malezas y cruzando arroyos que bullían á sus pies y verde musgo que mojaba sus lindas chinelas de raso, se dirigió á lo interior del bosque. ¡Por allí venía siempre él! ¡Qui-

zá le hallará! ¡Quizá no habria podido burlar la vigilancia de los centinelas que custodiaban el Alcázar morisco. ¡Si eso fuese! ¡Oh qué felicidad!

¡Qué mujer no busca disculpa á las perfidias de su amante! ¡Quién no apetece que sea un error lo que atormenta su alma!

Tanto queremos negar lo que nos causa dolor, que por eso los bandidos desechan la idea de un Ser Supremo, viéndose indignos de tanta felicidad.

Los luceros se iban enturbiando, porque ya aguardaban el día, y el aire era mojado y frio como el arroyan donde descansa una fuente.

La morisca buscaba en la oscuridad, tendia los brazos, llamaba á su amante, queria encontrarle en el cauce de los arroyos, en cada hoja de un árbol, en cada piedra del suelo, en cada yerbecilla que se oponia á su paso.

Despues queria oirle, hablando ella misma: repetia á media voz las frases que él acostumbraba á decirla para hacerse la ilusion de que le tenia á su lado, de que habia venido al fin; pero ¡cuál fue su asombro cuando subiendo una cuesta, circundada de bosque por ambos lados, se encontró en una de las glorietas mas bellas de aquel paraje, y oyó con efecto la voz que tanto habia anhelado!

¿Con quién hablaba, pues? ¿Qué hacia allí? ¿Por qué no la buscaba? ¿Por qué si era libre no habia ido al lugar de la cita? ¿Por qué la habia dejado pasar una noche entera en la mas amarga desesperacion?

Mohamad hablaba tan bajo, que apenas podia oirle. ¿Si seria una mujer la que le acompañaba? Ella veia, á la incierta claridad que penetraba por entre los árboles, dos butos sentados junto al arroyan que dividia el bosque y la glorieta.

¿Cómo acercarse hasta allí? ¿Cómo, si aquella arboleda estaba cerada de vistosos encañados que al romperse con su peso habian de alarmar á los silenciosos amantes?

Porque una mujer celosa siempre ve una rival al lado del que ama.

Zulema volvió á acariciar el puñal entre sus blancas manos, y le plandió en el aire con furor.

Su índole africana le hacia ser tan amante como terrible.

Sus ojos dieron luz en aquellos momentos como

dos fósforos en la oscuridad, y su garganta lanzó un sordo rugido, cual el de una fiera que hubiese escondida entre la maleza.

Los que hablaban, callaron para escuchar; pero nada volvieron á oir que pudiese alarmarles.

La mora reflexionó mejor, y subiendo presurosamente la alameda, como un hada que no toca la tierra, buscó una entrada al bosque, destrozando los calados de junco con el arma que llevaba en la mano, y penetrando por entre los planteles de primorosas flores, se fue deslizandose como una culebra hasta el lugar donde tenia suspendida mas que la existencia.

Ella, que tanto amaba las flores y que todos los dias cuidaba afanosa los nardos, jacintos y alelises de sus ventanas, iba ahora destrozando los mas primorosos vergeles que habian visto ojos humanos.

Tal es el poder de los celos. Lo mismo hubiera hecho á saber ciertamente que aquellas plantas estaban dotadas de humana sensibilidad. ¿Qué le importaban á ella en aquellos instantes los dolores de los demas seres? Bien podian las flores dar quejidos lastimeros, sin que por eso la africana ofendida interrumpiese su marcha.

Unas veces erguida como la palmera, otras agarrándose á los arbustos como yedra tímida que nada es sin apoyo, otras arrastrándose como una luciérnaga por el musgo, llegó al fin al término deseado.

Solo le separaba de su amante una sencilla pared de moreras, con las suficientes claraboyas para poder ver y oir la sentencia que esperaba.

—Sí, decia Mohamad; te he elegido á ti entre todos los alfaquies que me brindan con sus alfanges y gumías, porque te creo el destinado por Alá para lavar mi afrenta.

Tú reunirás las turbas, tú harás conocer al vulgo que mi padre es un traidor, que ha dado libertad á los cautivos porque ama á Enrique II, el Rey de los pérfidos cristianos.

Que esa paz entre ambos Reyes, bajo pretesto de industria, bajo el nombre de comercio y riqueza del pais, es una venta absoluta que mi padre quiere hacer.

Mi padre posee un libro que los sectarios de la cruz llaman el del Evangelio; le he visto leer en él, mientras estaba sucio y lleno de polvo el Korán.

—¡Calla! ¡Calla! ¡Hijo de Abu-Abdalá! ¡Tus palabras me estremecen! ¡Ay de la raza mora! ¡Ay de la brillante Media Luna! ¡Ay del poder musulmán con un Rey réprobo, impío, que así le ultraja y le vende!...

¡Mohamad! ¡Mohamad! Antes que los muecines toquen mañana anunciando que va á desaparecer otro día, tu padre será destronado, y tú ceñirás la corona para hacer la suerte de un pueblo vendido y engañado.

(Se concluirá.)

ROGELIA LEON.

LA CRUZ DE LOS DOS AMANTES.

CUENTO TRADICIONAL POR

D. MANUEL IBO ALFARO.

Dedicado á su querido primo D. Baldomero Gonzalez del Campillo.

(Continuacion) (1).

—Sea en buen hora, respondí yo, pues tengo vivos deseos de enterarme de los pormenores concernientes á tan simpática jóven.

—Le satisfaré á V. en breves palabras, respondió mi compañero, no solo por complacer á V., sino también porque la noche avanza.

Con efecto, ya hacia un rato que el sol se había hundido en el ocaso; el chirion exhalaba en el aire los últimos gorgoros de despedida; la tórtola arrullaba á lo lejos, los ganados balaban plañideros al marchar á sus majadas, y el festonado encaje del horizonte se perdía en el denso crespon de las tinieblas.

Pasado un instante, habló así mi compañero:

—Veinte años antes de la época en que hemos tomado la narración de esta historia, vivía D. Nuño con su esposa en la casa que he descrito á V. anteriormente, única que en su vida habitó dicho señor, y en el florido mes de mayo dió á luz su esposa á su hijo Arturo.

Muy satisfechos quedaron padre y madre al encontrarse con un vástago tan hermoso de su familia; pero como no hay felicidad completa en este mundo engañador, murió la madre de Arturo á los pocos

días del parto, á resultas de una de esas dolencias que frecuentemente padecen las mujeres en tan peligroso estado.

Cuál fuera el sentimiento de D. Nuño, V. podrá comprenderlo, caballero, con mas energía que mis rústicas palabras esplicarlo; pero no omitiré decir, aunque de molesto pueda V. tacharme, que todo el cariño que D. Nuño tenía repartido entre su esposa y su hijo se reconcentró en este, de quien no podía separarse ni un momento despues de la muerte de aquella.

Por no callar nada del cuento, tal como en esta aldea se refiere, diré á V. que uno de los días mas claros de verano en que el ama de leche conducía al niño Arturo por los ejidos del pueblo, su padre, que siempre marchaba junto á él, alargó, como de costumbre tenía, una limosna á ciertos infelices gitanos que á la sombra de un copudo álamo descansaban; y los pobres gitanos, no teniendo otro medio de manifestar su agradecimiento á tan generoso caballero, quisieron leer al niño su buenaventura.

D. Nuño, como hombre sabio y cristiano que era, no creía en semejantes fruslerías, porque estaba bien persuadido de que el destino de la criatura solo Dios que la ha criado es quien lo sabe; pero al ver la obstinación de aquellos agradecidos pordioseros, no quiso oponerse mas, y les permitió acercarse al niño.

Aun designan en la aldea el árbol le bajo del que leyeron los gitanos la buenaventura al hijo de don Nuño, el cual árbol es un anciano álamo que nace á la orilla del arroyo, en cuya copa tiene colocado su nido la cigüeña de tiempo inmemorial, sin que faltara tampoco entre nuestros abuelos quien quisiera asegurar que las cigüeñas que vemos ahora en dicho árbol son las que salieron de los huevos que en el nido había mientras al niño Arturo leyeron la ventura. Pero, sea de esto lo que quiera, pues cosa es en verdad que á nosotros no nos atañe examinar, lo cierto es que los gitanos rodearon con gravedad al ama que mantenía en sus brazos al niño, se quitaron las tocas y los sombreros, é inclinaron al suelo sus cabezas, orladas de largas melenas negras.

Entonces, tomando la tierna manecita del niño una mujer muy anciana, á quien todos los gitanos veneraban como el oráculo de la tribu, y despues de

(1) Véase el número anterior.

hacer mil cruces con su descarnada mano, ora en el aire, ora en su arrugada frente, cuentan que comenzó de este modo:

—«Ciento treinta y tres veces han visto mis ojos caer amarilla la hoja de los árboles; ciento treinta y tres veces han visto mis ojos blanquear los campos con la nieve de Natividad; ciento treinta y tres veces han visto mis ojos volver las golondrinas de la América, y ni una sola vez me ha engañado el espíritu invisible que me habla en la voz del viento.»

Después, mirando atentamente la mano del niño, prosiguió:

—«Esta criatura nació en mayo, porque el signo *Géminis* está pintado en su mano.

«En mayo solo nacen flores; por eso este niño será tan hermoso como una flor.

«En mayo los arroyos corren dulces por el suelo; por eso este niño será tan dulce como un arroyo de mayo.

(Se continuará.)

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

Volvamos á recobrar la animación y la alegría.

Estamos en Pascua; volvamos á las fiestas, á las reuniones, á los teatros, y veamos el medio de presentarnos acreditando nuestro buen gusto, cualidad que siempre debe distinguir á la dama elegante.

Á ver, amables lectoras, si estos sencillos trajes os agradan; pueden utilizarse mas bien para una reunión de confianza que para una gran *soirée*.

La tarlatana es preferida casi siempre para hacer el gasto en estas pequeñas reuniones, y con ella se confeccionan graciosos trajes á doble falda. La primera se adorna de un doble ruche, colocado á poca distancia del falo; la segunda permanece abierta del lado izquierdo para dejar entrever un adorno de cintita, entremezclada de ruches nieve, dispuestos en todas direcciones. Queda levantada de cada lado de esta guarnición, con un bello lazo de cinta. El cuerpo tiene corte cuadrado, con adorno en conexión, terminado por una franja estampada. Las mangas son sumamente pequeñas.

Podemos añadir un maravilloso traje en gasa de

Chambery azul, guarnecido de grandes dientes, trazados por un viés de raso. Estos dientes son muy puntiagudos. Un grueso bullón se coloca en el bajo de la falda, y otros tres encima, teniendo cada uno un viés por cabecilla; en el último se fija una magnífica franja lama. El cuerpo, escotado, es abrochado por delante y guarnecido de dos bullones, terminados por la misma franja. Las mangas cortísimas.

Como trajes de salir, ved aquí los siguientes:

Uno de popelina gris, con tres montantes de tafetan verde, colocados sobre cada costura, y rodeados de estrecho encaje encañonado. Estos montantes, de diferente altura, tienen diez centímetros de anchura. El cuerpo es de punta, y las mangas justas.

Otro de tafetan azul Napoleon, forma *princesa*, adornado de *brandebourgs* de guipure, bordado de azabaches. Los jockeys y el bajo de las mangas están en conexión. Los botones que lleva á los extremos de los *brandebourgs* están acompañados de magníficos colgantes.

Otro tercer traje de seda *cotelée marron*, tiene un cuerpo-cintura, mangas de codo casi ajustadas en la cerradura, y una guarnición compuesta de picas de cinta de terciopelo, dispuestas por grupos, mas ó menos elevadas, y que las termina una vuelta de franja de bolas perladas.

Vamos á designar algunos sombreros de primavera, entregados á nuestra indiscreción. Hoy nos ayuda la fortuna, aprovechémosla.

El primero descrito será blanco, recubierto de un aderezo de encaje negro con felpilla; está coquetamente adornado de pliegues en tafetan maiz sobre el copete, con ramos de espigas colocadas en bullones de crespón blanco, guarneciendo el interior y el exterior. Las bridas son maiz.

Otro de primavera: es de crespón blanco con corredera; le acompaña una redecilla de fantasía que tiene privilegio. El adorno es tambien de espigas maiz con yerbas verdes y lazos maiz, admirablemente liados unos con otros. El borde del ala es de paja, y está velado por un pequeñísimo Marie-Stuart.

El tercero es de crespón *Ophelia*, con el ala de una sola pieza, anchamente plegada, flores nacaradas y yerbas muertas, ligeramente dispuestas en guirnalda trasversal sobre el sombrero, de donde

tambien se estienden olas de blonda blanca. Bavolet redondo igualmente plegado y blonda blanca sobre el crespon. Interior de crespon bullonado con iguales flores nacaradas; plegado blanco reemplazando á la vuelta de la cabeza, y blonda á modo de valona sobre el borde del ala; pequeño Marie-Stuart; bridas iguales.

Vamos á vestir graciosamente á dos niñas con arreglo á la media estacion.

Llevará la una un traje de popelina Habana, claro, con costuras abiertas y bordadas en soutache verde y grosella sobre la vuelta. Un encañonado se coloca en el borde, y despues se forma en medio un cuadrado en soutache de matiz mas vivo. El bajo de la falda está bordado como la vuelta. El cuerpo es bajo con punta delante y detras; tiene forma cuadrada en la altura. El bordado recuerda el adorno de las vueltas. Un encañonado de tafetan bordea la cintura por ambos lados. Los tirantes abiertos sobre los hombros están igualmente bordados y guarnecidos del encañonado de tafetan.

La segunda llevará un traje de popelina de Irlanda gris, de lino, con una falda guarnecida de cabos iguales bordeados de terciopelo azul sobre cada costura; tres botones fijan cada cabo, colocado al traves, á tres centímetros de distancia uno de otro. Los cabos tienen doce centímetros de largo al partir del bajo de la falda, seis al aproximarse al talle, y tres solamente de anchura. El cuerpecito cuadrado, y las mangas guarnecidas por el mismo estilo.

Los niños se visten de paño tórtola; pantalon igual, con costura piqueada, paletot recto redondeado por delante, y un poco cortado detras; tiene tres bolsillos, dos hácia la izquierda y uno á la derecha. Se colocan tres botones iguales en la cerradura. Estos trajes tienen cuellecitos redondos por delante. Los bolsillos de abajo están guarnecidos de vueltas piqueadas y las mangas redondeadas hácia el codo. Cinco vueltas de picados accidentales en el bajo de las mangas siguen la cortadura colocada detras. La cintura piqueada está forrada de tafetan azul y retenida por un bucle de acero.

El sombrero es de fieltro y bordeado sobre sus pequeños bordes levantados. Dos vieses rodean el copete de forma baja y ovalada; un lazo de terciopelo

lo punzó ocupa el medio, y una pluma blanca, acompañada de un penacho de Tántalo, termina el adorno.

Hasta el próximo número, queridas lectoras.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Primera figura. Vestido de glasé color de pensamiento, adornado en el bajo de la falda por un volante encañonado, encima del cual va una blonda ancha de guipur figurando conchas de trecho en trecho. Cuerpo con aldetas todo alrededor, cortadas y redondeadas, guarnecidas de una puntilla de guipur; mangas entreanchas con hombreras guarnecidas en el mismo género. Cinturon de la misma tela del vestido que se anuda con un lazo en el lado izquierdo, del cual penden dos anchas bandas guarnecidas de guipur. Sombrero blanco y pensamiento, con blonda blanca y negra, y plumas. Cuello y mangas bordadas.

Segunda figura. Vestido de glasé verde, enteramente liso. Cuerpo alto y manga estrecha. Cinturon de *moiré* negro formando picos arriba, y abajo unas aldetas triangulares con una borla en cada punta. Van guarnecidos los contornos con una cinta de pasamanería. Cuello y mangas bordadas. Peinado de bandós rizados sobre la frente, dos bucles prendidos detras de la oreja, y castaña muy larga. Por único adorno una rosa encarnada y blanca.

ADVERTENCIA.

Esperamos de Paris una gran loja de patronos. Si á última hora no hubiese llegado, daremos en su lugar una magnífica portada para *La Pastora del Guadiela*, que tenemos preparada para el primer número de abril. Tambien daremos en abril una lámina de doble tamaño para confecciones, y figurin de niños.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.

LA VIOLETA



Comptoir Calix

Même long. v. St Louis en l'île go-Pied

A Carrach

LES MODES PARISIENNES

